

## **La Linda, desde las pestañas postizas**

### **La Linda, from the false eyelash**

*Lourdes Agustina Macchias*  
*Universidad Nacional de Salta*

Desde mi pieza escucho la cancioncita del programa más visto por todos en mi casa: “Caso Cerrado de la señorita Polo”. Suele ser mi alarma de todos los sábados que me indica que ya debo partir al trabajo. *Salta, tan linda que enamora*, dice una parte del cole, de esos grandes que están adornados por paisanas y gauchos a caballo. Es el slogan refrito que nos vende ante el mundo. El turismo es una de las fuentes de trabajo más practicadas por los salteños y yo me incluyo. Soy una bailarina de peña que reniega de no tener un sindicato de bailarines, ni un sueldo fijo, ni obra social, ni futuro asegurado, y por eso ahora me dedico a las Letras. Desde que empecé en este universo del turismo me llamó mucho la atención, aunque sea demasiado obvio, que siempre se muestra el lado bonito de Salta. Siempre se “propagandió” el lado A del casete, la parte que suena más agradable, como diría Pedro Lemebel del Santiago neoliberal, se refuerza el estereotipo vendible de la región. ¡Y, por supuesto! Así un tour de viaje no incluiría aquellos lugares y terrenos como la pobreza, la discriminación y la violencia, esos que yo sí transito cada fin de semana camino al espectáculo, digo, al trabajo.

Por un cráter en el asfalto me entra delineador negro en el ojo y comienzo a lagrimear. Una señora de pelo color nieve como el *apu*, me mira preocupada por mi lágrima o quizás observa detenidamente, tanto que me pone nerviosa, el espectáculo de arte en vivo: “maquillaje en movimiento” talento que practico antes de entrar a la peña, al son de la cumbia del chofer y del trajín del bondi.

Primera parada ya una vez en el macrocentro, la Pellegrini. Aprovecho que el cole está quieto y me pinto los labios de color rojo pasión, “bien fuerte para que pueda apreciarse desde el público”, me enseñó una bailarina hace algunos años atrás. Carmesí cual esos martillos que cuelgan de las paredes de los colectivos, en medio de las ventanas. Tienen escrita una leyenda debajo “en caso de emergencia, rompa el vidrio con el martillo”. Están clavados de una forma que, si te ponés a pensar, en algún accidente uno se demoraría más en sacar el martillo que en llegar al cielo. Pero este no fue el caso del prematuro asesino de quince años quien desbordado de pepa y alcohol arrebató la pícara y rebelde vida de otro como él. En este mismo lugar, en el transporte público en plena madrugada de un sábado. Este viaje se convirtió en uno al cielo y no en el regreso a su hogar. Hoy forma parte del numeroso álbum de los pibes retratados en tanques o paredes grandes. Muros del “prohibido olvidar” donde sus amigos les brindan homenaje sabor a vino en caja y a ritmo de Damas Gratis. Todos lo apuntaban con el dedo prejuizgador al que se convertía en el más temido de la cuadra. “Menos mal, un negro menos” “vago, no estudiaba, choriplanero” decían. Lo descartaron muy temprano de la sociedad.

Segunda parada, guardo el labial y saco el espejo. Su reflejo me muestra el grafiti que se encuentra en la pared de un edificio tipo colonial que adorna las calles del centro “Quiero morir bailando cumbia”. Frase que tarareaba el Pipa mientras a veces me acompañaba en el trayecto de la parada a la peña. Tiene trece años. Lo conocí cuando apenas tenía nueve y tenía toda una responsabilidad en su espalda: volver a casa con plata. En todos los encuentros me contaba algo nuevo: alguna aventura, algún descubrimiento, como el amor, por ejemplo. Está, o por lo menos hasta esos momentos estaba, profundamente encantado por una de las promotoras que se para afuera de Macondo. Una vez me contó con semejante picardía y felicidad en su voz que lo habían hecho pasar a la bandera a la salida de la escuela por haber hecho un afiche del sistema digestivo. Ahora con el pucho en la mano, camina a mi lado renegando porque que tiene que devolverle plata a Tuca porque le habilitó algo de porquería el fin de semana pasado y aún no le pagó. No importa la cantidad de veces que me convierta en oradora de sermones, ya no me escucha ni me quiere escuchar. La Balca y cualquier lugar con mucha gente es su lugar de trabajo. Como un nómada urbano deambula hasta altas horas de la noche, a veces con una bolsa de medias, otras con una caja de bombones y algunas noches se fía en la ayuda divina de una estampita de San Expedito, el santo de las causas urgentes.

Próxima parada y ya casi termino con el empastado de mi mascara. Sólo un poco más de rubor y ya casi estoy lista. Siempre acostumbro a mirar por las ventanas los carteles de propagandas de boliches, de bandas que vienen a tocar, o de algún curso de idioma. Algo así como cuando estás en el inicio del Facebook y pasas el dedo de abajo para arriba para matar el tiempo. Una noche, camino a casa, detrás de mí, retumbaba un eco molesto, no se entendía nada. Era débil como una pluma sin fuerza hasta que pude entenderlo: “Já, el carnaval de los maricas” decía un chico con facha varonil y un peinado cuadrado cuando pasábamos por Parque La Vega y visualizábamos todos los pasajeros una tira larga de posters invitando a la marcha del orgullo gay. Inmediatamente pensé cómo iba a ir vestida a la fiesta de la igualdad y la libertad.

Sonaba una zamba carpera en la radio del chofer y mis pies se movían como en el carnaval. ¡Por dios! En esa época del año me olvido de los libros, de los apuntes, de las lapiceras y me convierto en la mismísima Telesita. Guardo el rubor y me coloco las pestañas postizas para agrandar mi mirada, hacerla más amplia (y crítica), el momento más difícil de todo el proceso del maquillaje. Tengo mucho público esta noche en el cole porque además de la señora, un pequeño observa cómo mi cara cambia rotundamente desde que me senté. El pequeño me mira mucho por alguna razón, *qué se yo ¿viste?* Me encanta ese tango. En realidad, me gusta la idea de estar loca. A veces es necesario estar un poco *piantada*. En fin, a ponerme el vestido, los zapatos y un pañuelo en mano porque el espectáculo sigue y debe salir churito porque esa persona que está sentada aplaudiéndome pagó una suma bastante alta de dinero por el solo hecho de estar sentada ahí. Y es mi trabajo que lleve grabado en su retina el recuerdo de una zamba bailada a la usanza salteña.